

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

La misma decoración del acto primero. Si es posible, ruinas en las ruinas; es decir, rastro del paso de las turbas que durante la noche de represalia y tumulto en el pueblo, saquearon y asolaron el asilo de las brujas.

De cuando en cuando, lejanísimo, suena vocerío de turbas aisladas.

El livido albor de una madrugada arisca. Cielo de tormenta, donde relampaguea siniestramente. Vagando por la escena, desoladas, escualidas, sin mantos, miserimas, y algunas con heridas, Mari Sánchez, Quiteria, Centena y otras viejas.

Maste Blas, en un poyo, sentado, cuenta:

MASTE BLAS

Como os cuento.

La del soplo, fué Escorpina,
la hija de mis pecados...
¡cuando la veal... si le queda vida,
se la quiebro de un palo.

Y anda allá, entre las turbas, destocada,
con las greñas al aire,
que ya no son de fuego en su cabeza:
son de sangre.

Voces de las turbas, lejanísimas

¡Al italiano! ¡Al Monseñor! ¡La hoguera!

CENTENA

¿Le persiguen?

MASTE BLAS

¡Le acosan! Y el don Félix
en un cartel, donde contó los hechos,
le reta á pie, á caballo, á espada ó daga,
solo ó con diez, en campo abierto ó cluso,
á muerte, hoy mismo, antes que rompa el día.

MARI SÁNCHEZ

¿Cumplióse el lance?

MASTE BLAS

No lo sé; pensaba

que sabríaís vosotras... Esta tarde
le vi cruzando el puente y ya iba solo;
parecía furioso.

MARI SÁNCHEZ

Cuando estaba
la multitud atravesando el puente
para venir sobre él, tendió la mano,
se partió el arco y medio pueblo entonces
cayó al abismo.

QUITERIA

Exasperó la furia
de los que les persiguen.

MARI SÁNCHEZ

No se libra
de morir esta noche.

MASTE BLAS

En Agrellano
piensan que la Cordalia está en las ruinas
y que él vendrá por ella.

QUITERIA

Y así corren
todavía las gentes.

MASTE BLAS

Si no ha muerto
de pánico ó cansancio la Cordalia,
debe volver aquí.

QUITERIA

Vendrán las turbas
otra vez.

MASTE BLAS

Para dar con la Gaifera,
que esa va al fuego, y más que todo, para
ver si en paraje tal hallan á mano
y hacen padazos de él...

ALEPO

Bruscamente, entrando por el fondo.

Al italiano.

QUITERIA

¡Cristo nos valga y su piedad!

MARI SÁNCHEZ

¡No esperen!

Huyen todas despavoridas por la
lateral, dejando solo al sacristán con
el italiano.

MASTE BLAS

Por ALEPO.

No es de tan fiera pinta.

ALEPO

Cruzó la escena, llegó al tabuco de
CORDALIA, miró adentro:

Aquí tampoco.

MASTE BLAS

Con intención y con sorna.

Si es Cordalia á quien busca su Eminencia,

tampoco aquí; decían en la plaza
que vos sabríaís de ella.

ALEPO

Grave; llegándose á MASTE BLAS.

Lo que puede saberse, en este mundo,
de quién nació para pasar la tierra,
sé de Cordalia.

MASTE BLAS

Pues no está muy claro.

ALEPO

Desvanecida la amparé; la diestra
no me bastaba para espada y daga,
y la dejé en las gradas de la iglesia
para volver en busca suya, cuando
libre á mi fuga el arrabal tuviera.
Volví; no estaba ya; dos pensamientos:
Dios y Verbena
pudieron arrancarla de las gradas;
y á su hija busca ó á su Dios le reza.
Pero aquí volverá .. por mí ¡que es mía!

MASTE BLAS

No os la disputo.

ALEPO

Y sobre todo ¡es ella!

Tú eres villano, rústico,
cacoquimio, zumbón, zafio: quisiera
darte para Cordalia mi adiós, antes
de abandonar la tierra;
porque mi fin se acerca ya...

MASTE BLAS

(A lo menos,
sabes la que te espera.)

ALEPO

Dile que herido de su fe, vencido
si no de ella, del Dios que habita en ella,
salgo de aquí; confíesale que ha dado
largo afán á mis días esta tierra;
que me avine á ser grande y, contagiado
mientras vivía, de fingir grandeza,
hasta el manto de sombras que he arrastrado,
cuando, muerto, me envuelva,
pegado en él conservará, del roce,
no sé qué vago resplandor de estrellas...

No le digas que he muerto,
sacristán; no es que muera.
Salgo de esta Castilla; torno á Italia;
al mundo, lejos; donde todo sea
liviano, alegre, fútil, á mi modo:
no, como en esta tierra,
cuchillo en el cuchillo, fuego en el fuego,
sangre de corazón, llama de hoguera...
¡á Italia!... En fin: si vuelve, no le digas
nada; que ello aquí queda;
en el aire; en este aire donde tantas
palabras misteriosas aletean...
Cállale de mis rumbos; pero dile
con tu zafia expresión y como puedas
que, si desaparezco de Castilla
sin reclamar el pacto, es que la idea
de perder su piedad, aquella lágrima
cayendo, sola, en la tiniebla eterna,
basta para matarme. No te asustes,

*MASTE BLAS se queda mirándole
como el que no ha entendido.*

Blas, si dando con ella
después, se te olvidaran mis palabras,
no me importa; aquí quedan
vivas, de bulto, aladas. Cantan, vibran,
y algunas, como ves, relampaguean!

*Efectivamente, el livido fulgor de los
relámpagos, rasga de vez en cuando,
el cielo de madrugada.*

Dicho esto, sacristán... ¿te gusta el vino?

MASTE BLAS

Cato el Yepes, si tengo.

ALEPO

A mí me apesta.

MASTE BLAS

¡Que me maten, si yo no os conocía
de antes de veros hoy! Se me recuerdan,
de uno en uno, los trazos de ese rostro
y el modo de mirar que—su Eminencia
me perdona, si falto—es de los agrios
que en cara de jifero se atraviesan.
¿Dónde os he visto yo? ¡Dios me perdona!

*Otro relámpago, y coincidiendo con
él, se santigua apurado, MASTE BLAS.*

ALEPO

¿Por quién es la señal?

MASTE BLAS

Por la centella.

ALEPO

Impaciente y observando por todas partes, como quien espera algo que tarda.

Sacristán: si estuvieras, por tus culpas, metido en una cárcel y quisieras salir de ella, una vez, ¿esperarías que te abriesen las puertas?

MASTE BLAS

No pudiendo yo abrir, esperaría.

ALEPO

¿Y pudiendo?

MASTE BLAS

También.

ALEPO

¿Por qué?

MASTE BLAS

No hiciera la mala suerte que, al usar la llave, no sabiendo muy bien servirme de ella, cerrara más, al tanto que iba dando más vueltas.

ALEPO

¿Y sabiendo servirte?

MASTE BLAS

Esperaría.

ALEPO

¿Para qué?

MASTE BLAS

Para que otros me sirvieran; que, aun dejando la cárcel, gusto el hito de tener los criados á la puerta.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1832 MONTERREY, N.L.

ALEPO

¿No ha venido á las ruinas esta noche
quien por mí preguntara?

MASTE BLAS

Ni alma en pena
preguntando por vos; algunos cientos
con ganas de arrastraros por las peñas.

ALEPO

¡Villanos!

MASTE BLAS

Es razón; que siempre ha sido
villa la de Agrellano.

Vuelve á oírse el clamoreo de las
turbas.

ALEPO

Vociferan.

MASTE BLAS

Para que bien oigáis.

ALEPO

¿Allá va un hombre?

Señalando el monte, más allá de la
puerta.

MASTE BLAS

A quien vos esperáis ó él os espera.

ALEPO

¡Por fin!

MASTE BLAS

¿Es que habéis dado con la llave,
ó es que os abren la puerta?

ALEPO

Sacristán: si queriendo estar sin luces,

soplas y queda en fuegos una vela,
¿qué haces, para apagarla, en tu retablo?

MASTE BLAS

Sin vacilar, señor, ¡tompazo en ella!

ALEPO

¡Entonces!...

Amenazándole para que salga.

MASTE BLAS

Escapando ágil y con malicia.

¡Pero á mí, como soy hombre,
me basta con prever la consecuencia!

ALEPO

Al quedarse solo.

Ella me doma, el socarrón me burla,
me da cara el de allá; ¿qué gente es ésta?

Entra en escena Don Félix de Agrellano, que viene envuelto en un tabardo oscuro. Mira á todas partes, no pudiendo ver en el primer momento á ALEPO.

No lo dudéis, éste es el sitio yerto
de ruinas, y de muros destrozado,
que el cartel cita y donde está, por cierto,
como tan bien pintais, pintiparado.

DON FÉLIX

Enhorabuena, pues; porque enemigo
yo de perder el tiempo y vos no lego
de lo que en líneas del cartel os digo,
cuando aquí os hallo, es que estaréis conmigo
decidido á reñir, á todo juego.

ALEPO

¿Por qué no, capitán? Lección de espada
se os antojó tomar de un italiano,
gratis y sin razón: va descontada;
que honra siempre enseñar al de Agrellano.

DON FÉLIX

¡Paga y rescate, entre los dos, la vida!

ALEPO

¡Sentado, capitán!

DON FÉLIX

Sentado queda.

ALEPO

Mas no creais que es brava la partida;
porque es pagar la cuenta sin moneda.

DON FÉLIX

Va á empezar el lance; viendo que
ALEPO no hace la guardia, pregunta:

¿Qué esperáis?

ALEPO

Tranquilo, sin moverse.

La razón que vuestra espada
tenga, al buscar, don Félix, con tal ira
mi pecho, en esta lid desatentada.

DON FÉLIX

Alzando el hierro.

¡Por la verdad, y en la verdad templada
acabar quiere, en vos, con la mentira!

ALEPO

Burlón; sin moverse.

¡Brava razón!

DON FÉLIX

Si no es razón al uso,
¡por Cordalia, señor, en cuya suerte,
por tanto entrásteis; y de cuya muerte,
si muere, os pido cuentas y os acuso!

ALEPO

Con rapidez, tendiendo su espada á
encontrar la de Don FÉLIX.

¡Vuestro, pues!

Mientras riñen.

¿Falta mucho para el día?

DON FÉLIX

Pienso hacer porque os falte todavía
la eternidad, Alepo.

Descansan y se observan sin atar-
carse.

ALEPO

Y yo os advierto,
señor, que hablásteis casi en profecía;
que si pensáis matarme, pasaría
la eternidad sin que me viérais muerto.

Ríen de nuevo y Don FÉLIX inter-
rumpe el lance, después de una esto-
cada que cree haber dado á su enemigo.

¿Herido estáis?

DON FÉLIX

Que no lo estéis me asombra;
porque al pecho os tiré y entró el acero.

ALEPO

Como es noche y dais pronto, caballero,
tal vez atravesásteis una sombra.

Vuelven. Don FÉLIX empieza á com-
batir impaciente y con ciega furia. Se
hiere en una mano con la espada de
ALEPO. Este interrumpe el lance y
dice:

Ahora, sí.

DON FELIX

Mirando su mano, ligeramente heri-
da y mostrándola á ALEPO.

¡Poca sangre!

ALEPO

Dará apenas,
cuando caséis, como os of decillo,
para que á vuestra dama, en el anillo,
le pongáis un rubí de vuestras venas.

Volviendo á retir.

¡Linda mujer os di!

DON FELIX

Ciego; en un juego desatentado, sin
ley, delirante y fuera de sí.

callad!

¡Por vida mfa,

ALEPO

¿Qué furia es ésta?

DON FELIX

¡Es la agonía
para vos!

ALEPO

¡Va parada!

DON FELIX

¿Y ésta?

ALEPO

Así.

DON FÉLIX

¿Y ésta?

ALEPO

Así.

DON FÉLIX

¿Y ésta?

ALEPO

Haciendo el juego que dice.

¡Mi espada

cubrió la finta y pide todavía!

DON FÉLIX

¡Voy!

ALEPO

¡Replicol... ¿qué es esto?

DON FÉLIX

¡Muere!

Tirándose á fondo.

ALEPO

De una parada violenta, le desarma
diciendo.

¡Nada!

Da la espada contra el suelo. Con trágico espanto que en vano quiere dominar, Don FÉLIX, dice á ALEPO.

DON FÉLIX

¡Quedo á vuestra merced!

Rompe el alba, el cielo aclara, suena cerca la esquila de una ermita. Con emoción extraña en él, ALEPO murmura.

ALEPO

¡La luz del día!

DON FÉLIX

¿Dónde vais, monseñor?

ALEPO llega al sitio en que cayó la espada de Don FÉLIX; pone el pie en ella y ofrece á Don FÉLIX su propia espada, de puño de oro, diciendo, sin jactancia ya.

ALEPO

Tomad la espada.

Reanudan el lance, Don FÉLIX pretende herir; pero su espada resbala contra la de su adversario.

¿Qué hacéis? ¡Herid!

DON FÉLIX

Con terror trágico hasta el fin,

¡No puedo; pesa tanto como una eternidad la espada vuestra!

ALEPO

Dando el pecho y sin defenderse con su espada.

¡Yo ayudo! ¡Heridme aquí, donde se muestra la mancha de esta gota de mi llanto!

Señala con la izquierda, en su ropilla.

Fué por una mujer que me quería y á quien quise... un instante... ¡Herid!

DON FÉLIX

Retirando también su espada.

¡No quiero!

ALEPO

¡Bien está; yo le ayudo á vuestra espada!
¡Bella mujer tendréis; mas fué engendrada,
hija de mala madre, en un sendero!

DON FELIX

¡Mientes tú!

ALEPO

¡Va jurado!

DON FÉLIX

¡Muere, vill

ALEPO

En el pecho... así... ¡tocado!

Vacila ALEPO, herido de muerte en el sitio que indicó y á donde se lleva la mano. Don FÉLIX se aparta como supersticiosamente horrorizado. De la lateral vuelven á salir MASTE BLAS, MARI SÁNCHEZ, QUITERIA y CENTENA que acechaban el final del lance con interés y con miedo.

MASTE BLAS

¿Quién el herido?

MARI SÁNCHEZ

¿Quién?

CENTENA

¡El italiano!

Y en este instante, por la puerta del fondo, aparece descompuesta y rota de la horrible noche, CORDALIA:

DON FÉLIX

Queriendo detenerla.

¡Cordalia!

Las tres viejas y el sacristán rodean al italiano que todavía tiene un último aliento para exclamar:

ALEPO

¿Qué?... ¡Cordalia!

Pronuncia el nombre lentamente,
dando la vida en él: se desploma en-
tre los que le rodean.

MARI SÁNCHEZ

¡Muerto!

CORDALIA

Que llega, en este momento, junto
al grupo.

¡Muerto!

A Don Félix.

¿Vos le heristeis?

DON FÉLIX

Yo mismo.

CORDALIA

Hace un instante,
la esquila de la ermita, en que he rezado
toda la noche, tañó sola, al viento,
y entendí que el Señor me libertaba.

Acaban de dejar tendido al muerto:
las mujeres le rodean y ella, mirán-
dole con cierta compasión, pregunta
á Don Félix:

¿Sabéis quién era?

DON FÉLIX

Haciéndose fuerza.

Un italiano, amigo
de fábulas y mofas: pero ha puesto
villanía en sus últimas acciones
y así murió...

CORDALIA

Con voz rara, casi religiosa, los
ojos vidriados, mirando al muerto.

Yo sé quien es...

DON FÉLIX

Cordalia,
si el que entendéis decir pensáis que ha sido,
¡pedidle á Dios que os quite el pensamiento!

CORDALIA NO contesta, casi hierática
y fuera del mundo; el griterío de las
turbas que se acercan para reclamar